

Ercilia

Aunque fuera hasta las cuatro de la tarde, hora en que empieza a acabarse el día para los niños y el trabajo de las empleadas domésticas, yo esperaba a Ercilia para que me montara a caballito por toda la casa de mi abuela.

Mi espera consistía en ir detrás de su delantal mirando cada uno de sus gestos: el sacudidor en su mano derecha se agitaba por todas las superficies planas de los muebles, el agua turbia escurría en el balde de la trapeadora, y la escoba de barrer visitaba día a día todos los rincones de la casa.

En una ocasión le pregunté para qué barría debajo de las camas. Ercilia suspendió el movimiento de la escoba, bajó los brazos a manera de descanso y me miró a los ojos.

–Porque tu abuela puede tumbar algo al suelo, agacharse a recogerlo y ver el piso empolvado– me contestó.

Después de su explicación, no agregué absolutamente nada, ni volví a hacer jamás otra pregunta sobre su trabajo. Ella lo dominaba, conocía sus pormenores y sus riesgos.

Desde entonces, la observaba en silencio. Recuerdo vivamente que cuando planchaba se ponía, a riesgo de caérsele, un cigarrillo en los labios que retiraba sólo para apagarlo. Al fumar, su mirada se sesgaba para evitar el humo en los ojos.

En todo caso, aunque me resultaba interesante mirarla, era una larga espera para los momentos más queridos. Después de montar a caballito se iniciaba la sesión de cuentos. En los bosques, en los castillos, en las montañas, nuestros personajes se paseaban tarde a tarde.

Aún recuerdo la cara con que miré a una vecinita cuando me dijo que ella también se sabía el cuento de *Caperucita Roja*. Ese día comprendí que no todos los relatos que me narraba Ercilia habían sido creados especialmente para mí.

Más adelante, el ingreso al colegio trastornó mis apacibles ratos, nunca más oí sus cuentos. A partir de entonces escuché su propia historia contada por los demás. Supe que de noche charlaba con el celador, por las mañanas con el lechero, pero que el preferido era Andrés, el chofer del carro nuevo.

Meses después, cuando Ercilia dio a luz, la vida confirmó el rumor de que con Andrés, en una noche sin luna, habían concebido un hijo. El niño nunca supo de su padre. Y el padre, a su vez, jamás sufrió el dolor de esta mujer, a quien, después del parto, el médico le dijo:

-El niño tiene talla normal, de peso está bien, pero es enfermito. Sufrirá de ataques y no aprenderá ni a hablar. Le voy a dar el nombre de una pastilla diaria que debe tomar por el resto de sus días.

¡Era su hijo y así lo amaba! Lo ha amado tanto que desde entonces jamás ha olvidado darle la píldora. Tampoco le ha faltado elevar su mirada al cielo con sus manos juntas y, en son de súplica, pedirle a Dios con todas las fuerzas de su alma que se lo lleve a él primero. Su rezo ha sido persistente. Cuando alguien la ha escuchado y preguntado al respecto, ella ha explicado el sentido de su oración humildemente.

-Es que él me necesita tanto... -El chiquito indefenso y torpe, en esas ocasiones, a duras penas miraba.

Ya no la alegró más la voz de la patrona cuando le decía con el tenedor pequeño en la mano: "Le quedó muy rica la torta". Desde que nació el niño, su felicidad ha consistido en llevar en la cartera el dinero para comprar el medicamento. No le ha importado perder dos días de farmacia en farmacia, ha sido la droga de la vida y eso le ha bastado.

Vino ella al mundo para limpiar los pisos, planchar la ropa que jamás cubriría sus pechos y preparar para otros exquisitos platos que le darían con que comprar "el revuelto" y evitar los ataques del pequeño.

El día para trabajar, trabajar para comer y la noche para no dormir... "Mi muchacho, mi negro nunca podrá vivir sin mí".

Cuando a mi recuerdo regresan los alegres personajes fantásticos con que Ercilia deleitó mis tardes de infancia, pienso con tristeza en la distinta realidad en la que se convirtió su propia vida.

Lo último que supe fue que este hijo llegó a ser un muchacho enfermo de catorce años, mientras ella siguió implorando el turno que escogió, desde que fue madre, para el desenlace final de su existencia.

Pero Dios le jugó una mala parada: la sentenció con un cáncer en la garganta. La debilidad le agotó progresivamente la voz, mientras sus ojos continuaron repitiendo con ardor la misma oración todas las noches.